



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

AÚN NO SE LO HE DICHO A MI JARDÍN

PIA PERA

TRADUCCIÓN DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ



errata naturae

A Macchia y a Nino

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2021

TÍTULO ORIGINAL: *Al giardino ancora non l'ho detto*

© Pia Pera, 2016

Derechos adquiridos a través de Italian Literary Agency
y Ute Körner Literary Agent

© de la traducción, Miguel Ros González, 2021

© Errata naturae editores, 2021

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-74-1

DEPÓSITO LEGAL: M-4991-2021

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: *Meadow*, © Michelle Morin

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

*Demasiado oscuro para que un ave del bosque
con un golpe de alas
encuentre mejor rama para pasar la noche,
aunque aún podría cantar.*

ROBERT FROST

*Le dijo Dios a Moisés: «Hazme un favor,
cuéntale tú a Aarón lo de su muerte,
porque yo me avergüenzo».*

YALKUT SHIMONI

*Y ¿no os parece muy injusto
que con este cielo azul y puro,
cuando jugaría de buen grado,
tenga que irme a la cama temprano?*

ROBERT LOUIS STEVENSON

PRÓLOGO

Una tarde de otoño, en una librería del centro de Mantua, mis ojos se posaron en un librito: *Poemas religiosos*, de Emily Dickinson. Uno de ellos, «Aún no se le he dicho a mi jardín», me impresionó con la fuerza de una revelación: me pareció que ofrecía una actitud revolucionaria ante la muerte. Lo saqué a colación en una conferencia que di en Roma, en la *orangerie* de Villa Borghese, a la que me habían invitado para hablar de mi jardín. Empecé diciendo que es, sencillamente, un lugar donde soy feliz; me cuesta entender por qué iba a interesar a los demás: no hay colecciones botánicas, ni plantas demasiado insólitas —poquísimas, en todo caso—, ni tampoco soluciones osadas. Me las ingenié para enseñar varias instantáneas de los momentos más hermosos: de esos días de abril en que el cielo se entrevé a través de los cerezos en flor y hay grandes nubes de hierba esmeralda bordadas de flores del campo, que

ondean frescas al soplo a veces suave, a veces prepotente, del viento. Hablar de mi jardín me obligaba a suspender ese estado de ánimo, esa inconsciencia simbiótica, que me había permitido intervenir en él casi sin darme cuenta a lo largo de los años. Estaba acostumbrada a fingir conmigo misma, como si aquél no fuera, en el fondo, un sitio en el que yo había decidido muchas cosas, incluido su aparente abandono. Me gustaba ir casi a hurtadillas, siempre con la expectación de ver qué me tenía reservado. Como si pudiese no saberlo; como si no fuera yo la que, de alguna manera, lo había creado. Como cuando los niños, jugando, deciden el escenario y los personajes y fingen creérselo todo, antes de abandonarse a la seriedad del juego. Después de aquel preámbulo, y para no decepcionar a quienes, al fin y al cabo, también esperaban aprender algo concreto, intenté dar cuenta de cómo había transformado una finca despolada en un lugar por el que pasear entre bosquecillos, olivos y árboles frutales, el huerto y, en fin, el jardín de los bojés, a espaldas de la casa, en una transición paulatina, lo más imperceptible y discreta posible, entre lo aparentemente espontáneo y lo silvestre, entre lo fortuito y lo deliberado. Mi intención había sido borrar, o cuando menos atenuar, mis propias huellas, las señales que habrían podido revelar un proyecto, una intención. Quería transmitir una sensación de fusión con la naturaleza, de naufragio en un paisaje más amplio, como en los dibujos de Shitao o en los versos de *El maestro del Monte Frío*. Habida cuenta de que mi jardín se basaba

en la ausencia del jardinero, en la imperceptibilidad de su voluntad, me gustaba pensar, o imaginar ilusamente, mejor dicho, que así estaría más preparado ante la inevitable traición: la ausencia de la persona que lo cuida. Y así llegué al poema de Emily Dickinson, el n.º 50, «Aún no se lo he dicho a mi jardín», donde se sugiere que llegará el día en que el jardinero no se presente a la cita habitual. Eso el jardín no lo sabe. Cesarán de repente todos los cuidados; la naturaleza volverá a ser la única fuerza, se interrumpirá el diálogo entre hombre y paisaje plasmado en el jardín, la más efímera de las artes. Un pintor, un escultor o un arquitecto, no digamos ya un poeta, son menos desleales hacia su obra. Crean algo que, al menos en potencia, puede seguir viviendo cuando ellos ya no estén. En el jardín es distinto: quizá ese jazmín crea que nunca faltará la mano que lo riega, que arranca las hierbas robustas que podrían asfixiarlo, que esparce las hojas muertas que protegen y conservan la humedad de sus raíces. Sin embargo, no es así. Un día, de golpe, tendrá que enfrentarse por su cuenta, de tú a tú, a otras plantas más vigorosas. Esa pérgola, que ahora se poda con regularidad, rebosará. Ese seto de encinas se convertirá en un bosque. Había un diseño, pero en un abrir y cerrar de ojos quedará borrado. Poco, muy poco quedará de la intención original. Unas plantas morirán, puede que otras colmen ambiciones que hasta entonces refrenaban. Luego leí el poema, primero mi traducción y después el original:

Aún no se lo he dicho a mi jardín,
por miedo a que se apodere de mí.
Aún no me veo con la fuerza
de confesárselo a la Abeja.

Prefiero no hablarlo por la calle,
evitar la mirada de los escaparates:
¿cómo tiene la desfachatez de morir
alguien tan tímida, tan ignorante?

No pueden enterarse las colinas
por las que tanto deambulé,
tampoco los amados bosques,
del día en que me iré.

No lo susurraré en la mesa,
ni dejaré caer, como si nada,
que alguien en el Misterio
se adentrará esta mañana.

*I haven't told my garden yet –
Lest that should conquer me.
I haven't quite the strength now
To break it to the Bee.*

*I will not name it in the street
For shops would stare at me –
That one so shy – so ignorant
Should have the face to die.*

*The hillsides must not know it –
Where I have rambled so –
Nor tell the loving forests
The day that I shall go –*

*Nor lisp it at the table –
Nor heedless by the way
Hint that within the Riddle
One will walk today –*

Concluí explicando que lo que más me había impresionado de aquellos versos era el cambio radical de la perspectiva sobre la muerte. Que hablasen de la preocupación por unos seres, animados e inanimados, a los que en cierto modo engañamos al acostumbrarlos a nuestra presencia. Sin avisarlos de la inevitable marcha: al estar aquí y ahora creamos la expectativa de que estaremos siempre; una promesa vacía. Me gustaba la idea de que ante esa inversión del punto de vista el egoísmo se atenuase; de que al pensar en nuestra muerte casi nos saliera pedir perdón por el abandono involuntario: en lugar de preocuparnos por nuestra suerte, preguntarnos qué supondrá, no para nosotros, sino para los demás.

Ahora pongo en duda aquella primera lectura y, lejos de verla como un indicio de egoísmo atenuado, humildad, preocupación por las plantas de las que ya no podremos cuidar, por el perrito al que no daremos de comer, sólo me parece una forma más de darnos importancia, de creernos indispensables.

Con todo, pasé mucho tiempo intentando recorrer ese camino. Y así, después de haber imaginado a Emily Dickinson comprometida para afrontar la muerte con abnegación, preocupada únicamente por lo que pasaría con el jardín que cultivaba cuando ella faltase, empecé a pensar en María de Magdala. Resucitado, Jesús se le apareció vestido de jardinero. Quién sabe si el episodio se contaba con mayor detalle en aquel Evangelio de María Magdalena que acabó perdido casi por completo, cuyos fragmentos dicen demasiado poco y cuyo mensaje habría podido ser: después de la Redención, la humanidad podría vivir en la Tierra, convertida en un paraíso renovado, y todos los seres humanos quedarían encargados de cultivarla.

Me imaginaba que el Evangelio de María Magdalena nos invitaría a todos a hacernos jardineros. A desempeñar, en fin, la tarea que un hipotético Creador podría haber encomendado a la humanidad: velar por el bienestar de todos los seres sintientes, permitiendo que cada especie prosperase, pero no hasta el punto de comprometer la existencia de cualquier otra. Aquellas reflexiones, y mis veleidades investigadoras, se vieron interrumpidas primero por el robo de un bolso con mis apuntes y más tarde por una suerte de periodo sabático que me concedí con el propósito de renovar mi pensamiento, como si quisiera comprobar si soportaba la corrosión de mi propia crítica. Así pues, el ímpetu se fue apagando hasta que la inspiración original, desnutrida por culpa del abandono, y del exceso de razonamiento, se quedó en poca cosa. Una vez perdida la certeza de haber entendido correctamente los

versos de Emily Dickinson, con la sospecha, antes bien, de haberlos usado como pretexto para desarrollar una idea mía, quedaba el tema: el jardinero y la muerte. Con mayor motivo ahora que mi salud no era la de antes.